

# Las máquinas de IA no están "alucinando"

Naomi Klein

Dentro de los muchos debates en torno a la rápida implementación de la llamada inteligencia artificial, hay una disputa relativamente oscura centrada en la elección de la palabra "alucinación".

Este es el término que los arquitectos y promotores de la IA generativa han adoptado para caracterizar las respuestas ofrecidas por los chatbots que son completamente fabricadas o simplemente incorrectas. Por ejemplo, cuando le pides a un bot la definición de algo que no existe y te la proporciona de manera bastante convincente, incluso con notas al pie inventadas. "Nadie en el campo ha resuelto aún los problemas de alucinación", dijo recientemente Sundar Pichai, CEO de Google y Alphabet, en una entrevista.

Eso es cierto, pero ¿por qué llamar a los errores "alucinaciones"? ¿Por qué no "basura algorítmica" o "fallas"? Bueno, la palabra "alucinación" se refiere a la capacidad misteriosa del cerebro humano para percibir fenómenos que no están presentes, al menos no en términos convencionales materialistas. Al apropiarse de una palabra comúnmente utilizada en psicología, psicodélicos y varias formas de misticismo, los defensores de la IA, al reconocer la fallibilidad de sus máquinas, al mismo tiempo alimentan el mito más querido del sector: que al construir estos modelos de lenguaje amplios y entrenarlos en todo lo que los humanos hemos escrito, dicho y representado visualmente, estamos dando a luz a una inteligencia animada a punto de desencadenar un salto evolutivo para nuestra especie. ¿Cómo si no podrían los bots como Bing y Bard estar alucinando allá en el éter?

Sin embargo, las alucinaciones distorsionadas están realmente presentes en el mundo de la IA, pero no son los bots los que las tienen; son los CEOs de tecnología que las desencadenaron, junto con una legión de fanáticos, quienes están bajo el dominio de alucinaciones salvajes, tanto individual como colectivamente. Aquí defino la alucinación no en el sentido místico o psicodélico, estados alterados de la mente que de hecho pueden ayudar a acceder a verdades profundas y previamente no percibidas. No. Estas personas simplemente están alucinando: viendo, o al menos afirmando ver, pruebas que no existen

en absoluto, incluso creando mundos enteros que harán que sus productos se utilicen para nuestra elevación y educación universales.

Nos dicen que la IA generativa acabará con la pobreza. Curará todas las enfermedades. Resolverá el cambio climático. Hará que nuestros trabajos sean más significativos y emocionantes. Desatará vidas de ocio y contemplación, ayudándonos a recuperar la humanidad que hemos perdido debido a la mecanización del capitalismo tardío. Pondrá fin a la soledad. Hará que nuestros gobiernos sean racionales y receptivos. Estas, temo, son las verdaderas alucinaciones de la IA, y todos las hemos estado escuchando en un bucle desde el lanzamiento de Chat GPT a finales del año pasado.

Hay un mundo en el que la inteligencia artificial generativa, como una poderosa herramienta de investigación predictiva y un ejecutante de tareas tediosas, realmente podría ser utilizada para beneficiar a la humanidad, otras especies y nuestro hogar compartido. Pero para que eso suceda, estas tecnologías deberían ser implementadas dentro de un orden económico y social muy diferente al nuestro, uno que tenga como propósito satisfacer las necesidades humanas y proteger los sistemas planetarios que sustentan toda forma de vida.

Y como aquellos de nosotros que no estamos actualmente "viajando" entendemos bien, nuestro sistema actual no se parece en nada a eso. Más bien, está construido para maximizar la extracción de riqueza y beneficios, tanto de los seres humanos como del mundo natural, una realidad que nos ha llevado a lo que podríamos llamar la etapa tecno-necro del capitalismo. En esa realidad de poder y riqueza hiperconcentrados, la inteligencia artificial, lejos de cumplir con todas esas alucinaciones utópicas, es mucho más probable que se convierta en una herramienta temible de desposesión y deterioro.

Ahora bien, profundizaré en por qué es así. Pero primero, es útil reflexionar sobre el propósito que cumplen las alucinaciones utópicas sobre la IA. ¿Qué función cumplen estas historias benevolentes en la cultura mientras nos encontramos con estas extrañas nuevas herramientas? Aquí hay una hipótesis: son las poderosas e irresistibles historias de portada para lo que podría resultar ser el robo más grande y consecuente en la historia humana. Porque lo que estamos presenciando es que las compañías más ricas de la historia (Microsoft, Apple, Google, Meta, Amazon, entre otras) están apropiándose unilateralmente del total acumulado del conocimiento

humano que existe en forma digital y susceptible de ser recopilado, y lo están encerrando dentro de productos propietarios, muchos de los cuales apuntarán directamente a los seres humanos cuyo trabajo durante toda su vida entrenó a las máquinas sin dar permiso ni consentimiento.

Esto no debería ser legal. En el caso de material con derechos de autor que ahora sabemos que entrenó a los modelos (incluyendo este periódico), se han presentado varias demandas legales que argumentarán que esto claramente fue ilegal. ¿Por qué, por ejemplo, se le debería permitir a una empresa con fines de lucro alimentar las pinturas, dibujos y fotografías de artistas vivos en un programa como Stable Diffusion o Dall-E 2 para luego ser utilizado para generar versiones duplicadas del trabajo de esos mismos artistas, con los beneficios fluyendo hacia todos menos hacia los propios artistas?

La pintora e ilustradora Molly Crabapple está ayudando a liderar un movimiento de artistas que desafían este robo. "Los generadores de arte con IA se entrenan en enormes conjuntos de datos, que contienen millones y millones de imágenes con derechos de autor, recolectadas sin el conocimiento, la compensación o el consentimiento de sus creadores. Esto es efectivamente el mayor robo de arte en la historia. Perpetrado por entidades corporativas de apariencia respetable respaldadas por el capital de riesgo del Silicon Valley. Es un robo a plena luz del día", afirma una nueva carta abierta que ella co-redactó.

La trampa, por supuesto, es que el Silicon Valley rutinariamente llama "disrupción" al robo, y con demasiada frecuencia sale impune. Conocemos esta estrategia: avanzar hacia territorios sin ley, afirmar que las viejas reglas no se aplican a tu nueva tecnología, gritar que la regulación solo ayudará a China, todo mientras asientas tus fundamentos sólidamente en el terreno. Para cuando nos recuperamos de la novedad de estos nuevos juguetes y comenzamos a evaluar los estragos sociales, políticos y económicos, la tecnología ya es tan ubicua que los tribunales y los responsables de políticas se rinden.

Lo vimos con la digitalización de libros y arte de Google. Con la colonización espacial de Musk. Con el ataque de Uber a la industria del taxi. Con el ataque de Airbnb al mercado de alquileres. Con la promiscuidad de Facebook con nuestros datos. No pedir permiso, les gusta decir a los disruptores, pedir perdón (y lubricar las solicitudes con generosas contribuciones de campaña).

En "La era del capitalismo de vigilancia", Shoshana Zuboff detalla meticulosamente cómo el mapeo de calles de Google Street View arrasó con las normas de privacidad al enviar autos equipados con cámaras para fotografiar nuestras carreteras públicas y las fachadas de nuestros hogares. Cuando los casos judiciales para defender los derechos de privacidad surgieron, Street View ya era tan omnipresente en nuestros dispositivos (y tan genial y conveniente) que pocos tribunales fuera de Alemania estuvieron dispuestos a intervenir.

Ahora, lo mismo que sucedió con las fachadas de nuestros hogares está ocurriendo con nuestras palabras, imágenes, canciones y nuestras vidas digitales en su totalidad. Todo está siendo confiscado y utilizado para entrenar a las máquinas a simular el pensamiento y la creatividad. Estas compañías deben saber que están cometiendo un robo, o al menos que se puede argumentar sólidamente que lo están haciendo. Solo esperan que el viejo libro de jugadas funcione una vez más, que la escala del robo ya sea tan grande y que se desarrolle con tanta rapidez que los tribunales y los responsables de políticas se rindan una vez más ante la supuesta inevitabilidad de todo esto.

Es por eso que sus alucinaciones sobre todas las cosas maravillosas que la IA hará por la humanidad son tan importantes. Porque esas afirmaciones elevadas disfrazan este robo masivo como un regalo, al mismo tiempo que ayudan a racionalizar los innegables peligros de la IA.

A estas alturas, la mayoría de nosotros hemos escuchado sobre la encuesta que preguntó a los investigadores y desarrolladores de IA sobre la probabilidad de que los sistemas avanzados de IA causen "la extinción humana o un desempoderamiento permanente y severo de la especie humana". De manera escalofriante, la respuesta mediana fue del 10% de probabilidad.

¿Cómo se racionaliza ir a trabajar y desarrollar herramientas que conllevan riesgos existenciales tan graves? A menudo, la razón que se da es que estos sistemas también tienen enormes ventajas potenciales, excepto que estas ventajas son, en su mayoría, alucinantes. Analicemos algunas de las más extravagantes.

Una de las afirmaciones es que la IA nos liberará de los trabajos monótonos y nos permitirá dedicarnos a actividades creativas y significativas. Sin embargo, la realidad es que la implementación de la IA ha llevado a la automatización masiva de empleos, dejando a millones

de personas sin trabajo y sin perspectivas. La promesa de liberación se convierte en una ilusión cuando te enfrentas a la realidad de la desigualdad económica y la falta de oportunidades.

Otra afirmación es que la IA mejorará la atención médica y la precisión de los diagnósticos. Sin embargo, a medida que las compañías de tecnología se adueñan de los datos médicos, surge la preocupación por la privacidad y la ética. Además, existe el riesgo de que la IA se utilice para excluir a aquellos que no pueden permitirse el acceso a la atención médica de calidad, creando una brecha aún mayor en el acceso a la salud.

También se nos dice que la IA solucionará los desafíos del cambio climático y la sostenibilidad. Pero, nuevamente, esto es más ilusión que realidad. Las mismas empresas de tecnología que promueven la IA son algunas de las mayores emisoras de carbono y contribuyen al agotamiento de los recursos naturales. La implementación de la IA no aborda los problemas fundamentales de un sistema económico impulsado por el crecimiento y el consumismo desenfrenado.

En resumen, las alucinaciones utópicas sobre la IA sirven a un propósito específico: encubrir el robo masivo que está ocurriendo mientras justifican los peligros y las desigualdades que surgen de su implementación. La realidad es que la IA está siendo utilizada como una herramienta de acumulación de riqueza y poder para unas pocas empresas y élites, en lugar de ser desplegada en beneficio de la humanidad y el planeta en su conjunto.

Es crucial cuestionar y desafiar estas narrativas utópicas, exigir transparencia, ética y justicia en el desarrollo y uso de la inteligencia artificial. Si queremos evitar un futuro distópico impulsado por la IA, debemos trabajar hacia un sistema económico y social que priorice las necesidades humanas y la protección de nuestro entorno natural.

#### Alucinación #1: La IA resolverá la crisis climática

Casi sin excepción, en la parte superior de las listas de ventajas de la IA se encuentra la afirmación de que estos sistemas de alguna manera resolverán la crisis climática. Hemos escuchado esto de todos, desde el Foro Económico Mundial hasta el Consejo de Relaciones Exteriores y el Boston Consulting Group, que explica que la IA "puede usarse para respaldar a todas las partes interesadas en adoptar un enfoque más informado y basado en datos para

combatir las emisiones de carbono y construir una sociedad más verde. También se puede emplear para reequilibrar los esfuerzos climáticos globales hacia las regiones más vulnerables". El ex CEO de Google, Eric Schmidt, resumió el caso cuando le dijo a The Atlantic que los riesgos de la IA valían la pena, porque "si piensas en los problemas más grandes del mundo, todos son realmente difíciles: el cambio climático, las organizaciones humanas, y demás. Por eso siempre quiero que las personas sean más inteligentes".

Según esta lógica, el fracaso en "resolver" grandes problemas como el cambio climático se debe a una falta de inteligencia. No importa que personas inteligentes, cargadas de doctorados y premios Nobel, hayan estado diciéndole a nuestros gobiernos durante décadas lo que se necesita hacer para salir de este lío: reducir nuestras emisiones, dejar el carbono en el suelo, abordar el consumo excesivo de los ricos y el consumo insuficiente de los pobres, porque ninguna fuente de energía está libre de costos ecológicos.

La razón por la cual este consejo muy inteligente ha sido ignorado no se debe a un problema de comprensión de lectura, ni porque de alguna manera necesitamos máquinas para pensar por nosotros. Es porque hacer lo que la crisis climática nos exige nos dejaría con billones de dólares en activos de combustibles fósiles varados, al tiempo que desafiaría el modelo de crecimiento basado en el consumo en el centro de nuestras economías interconectadas. La crisis climática no es, de hecho, un misterio o un acertijo que aún no hayamos resuelto debido a conjuntos de datos insuficientemente sólidos. Sabemos lo que se necesitaría, pero no es una solución rápida, es un cambio de paradigma. Esperar que las máquinas arrojen una respuesta más aceptable y/o rentable no es una cura para esta crisis, sino otro síntoma de ella.

Si eliminamos las alucinaciones, parece mucho más probable que la IA se comercialice de formas que profundicen activamente la crisis climática. En primer lugar, los servidores gigantes que hacen posible la generación instantánea de ensayos y obras de arte por parte de los chatbots son una fuente enorme y creciente de emisiones de carbono. En segundo lugar, a medida que empresas como Coca-Cola comienzan a hacer grandes inversiones para utilizar la IA generativa y vender más productos, se está volviendo demasiado evidente que esta nueva tecnología se utilizará de la misma manera que la generación anterior de herramientas digitales: lo que comienza con promesas elevadas sobre la difusión de la libertad y la democracia termina

con anuncios dirigidos específicamente a nosotros para que compremos más cosas inútiles que emiten carbono.

Y hay un tercer factor, este un poco más difícil de precisar. Cuanto más inundados estemos de deepfakes y clones de diversas formas en nuestros canales de medios, más tendremos la sensación de hundirnos en arenas movedizas informativas. Geoffrey Hinton, a menudo llamado "el padrino de la IA" porque la red neuronal que desarrolló hace más de una década es la base de los modelos de lenguaje grandes de hoy en día, comprende esto muy bien. Acaba de renunciar a un cargo importante en Google para poder hablar libremente sobre los riesgos de la tecnología que ayudó a crear, incluido, según le dijo al New York Times, el riesgo de que las personas "ya no puedan saber qué es verdad".

Esto es muy relevante para la afirmación de que la IA ayudará a combatir la crisis climática. Porque cuando desconfiamos de todo lo que leemos y vemos en nuestro entorno mediático cada vez más inquietante, estamos aún menos preparados para resolver problemas colectivos urgentes. La crisis de confianza precede a ChatGPT, por supuesto, pero no hay duda de que la proliferación de deepfakes vendrá acompañada de un aumento exponencial de las culturas conspirativas ya prósperas. Entonces, ¿qué diferencia hará si la IA encuentra avances tecnológicos y científicos? Si la realidad compartida se deshace en nuestras manos, nos encontraremos incapaces de responder con coherencia en absoluto.

Alucinación #2: La IA brindará una gobernanza sabia

Esta alucinación convoca a un futuro cercano en el que políticos y burócratas, aprovechando la vasta inteligencia agregada de los sistemas de IA, pueden "ver patrones de necesidad y desarrollar programas basados en evidencia" que beneficien más a sus electores. Esa afirmación proviene de un documento publicado por la fundación del Boston Consulting Group, pero está siendo repetida en muchos grupos de expertos y consultoras de gestión. Y es revelador que estas compañías en particular, las empresas contratadas por gobiernos y otras corporaciones para identificar ahorros de costos, a menudo despidiendo a grandes cantidades de trabajadores, hayan sido las más rápidas en subirse al carro de la IA. PwC (anteriormente PricewaterhouseCoopers) acaba de anunciar una inversión de \$1 mil millones, y se informa que

Bain & Company y Deloitte están entusiasmadas con el uso de estas herramientas para hacer que sus clientes sean más "eficientes".

Al igual que con las afirmaciones sobre el clima, es necesario preguntar: ¿es la razón por la cual los políticos imponen políticas crueles e ineficaces que padecen una falta de evidencia? ¿Una incapacidad para "ver patrones", como sugiere el documento del BCG? ¿No entienden los costos humanos de privar a la atención médica pública en medio de pandemias, o de no invertir en viviendas no basadas en el mercado cuando los parques urbanos se llenan de tiendas de campaña, o de aprobar nuevas infraestructuras de combustibles fósiles mientras las temperaturas se disparan? ¿Necesitan la IA para hacerlos "más inteligentes", usando el término de Schmidt, o son lo suficientemente inteligentes como para saber quién financiará su próxima campaña o, si se desvían, respaldará a sus rivales?

Sería muy bueno si la IA realmente pudiera romper el vínculo entre el dinero corporativo y la toma de decisiones políticas irresponsables, pero ese vínculo tiene mucho que ver con por qué se ha permitido a compañías como Google y Microsoft lanzar sus chatbots al público a pesar de la avalancha de advertencias y riesgos conocidos. Schmidt y otros han estado llevando a cabo una campaña de cabildeo durante años, diciéndole a ambos partidos en Washington que si no pueden avanzar rápidamente con la IA generativa, sin una regulación seria, las potencias occidentales quedarán rezagadas frente a China. El año pasado, las principales compañías tecnológicas gastaron un récord de \$70 millones en cabildeo en Washington, más que el sector petrolero y gasífero, y esa suma, señala Bloomberg News, se suma a los millones gastados "en su amplia variedad de grupos comerciales, organizaciones sin fines de lucro y grupos de expertos".

Y sin embargo, a pesar de su conocimiento íntimo de cómo el dinero moldea la política en nuestras capitales nacionales, cuando escuchas a Sam Altman, CEO de OpenAI, fabricante de ChatGPT, hablar sobre los mejores escenarios para sus productos, todo esto parece olvidarse. En cambio, parece estar alucinando un mundo completamente diferente al nuestro, uno en el que los políticos y la industria toman decisiones basadas en los mejores datos y nunca pondrían en riesgo innumerables vidas por lucro y ventaja geopolítica. Lo que nos lleva a otra alucinación.

Alucinación #3: los gigantes tecnológicos pueden ser confiables para no destruir el mundo

Cuando le preguntaron si le preocupaba la fiebre del oro que ChatGPT ya ha desatado, Altman dijo que sí, pero agregó con optimismo: "Espero que todo funcione". Sobre sus colegas CEOs de tecnología, aquellos que compiten por lanzar sus propios chatbots rivales, dijo: "Creo que los ángeles guardianes prevalecerán".

¿Ángeles guardianes? ¿En Google? Estoy bastante seguro de que la empresa despidió a la mayoría de ellos porque publicaban artículos críticos sobre la IA o denunciaban el racismo y el acoso sexual en el lugar de trabajo. Más "ángeles guardianes" han renunciado alarmados, recientemente Hinton. Eso se debe a que, contrariamente a las alucinaciones de las personas que más se benefician de la IA, Google no toma decisiones basadas en lo que es mejor para el mundo, sino en lo que es mejor para los accionistas de Alphabet, quienes no quieren perderse la última burbuja, especialmente cuando Microsoft, Meta y Apple ya están dentro.

Hallucinación #4: La IA nos liberará del trabajo tedioso

Si las alucinaciones benevolentes del Valle del Silicio parecen plausibles para muchos, hay una razón simple para ello. La IA generativa se encuentra actualmente en lo que podríamos considerar su etapa de "falso socialismo". Esto forma parte de un juego de playbook ya conocido en el Valle del Silicio. Primero, se crea un producto atractivo (un motor de búsqueda, una herramienta de mapas, una red social, una plataforma de videos, un servicio de transporte compartido, entre otros); se ofrece de forma gratuita o casi gratuita durante algunos años, sin un modelo de negocio viable discernible ("Juega con los bots", nos dicen, "¡mira qué cosas divertidas puedes crear!"); se hacen muchas afirmaciones grandiosas sobre cómo solo se hace por querer crear una "plaza del pueblo" o un "espacio común de información" o "conectar a las personas", todo mientras se promueve la libertad y la democracia (y no ser "malvado"). Luego se observa cómo las personas se enganchan a estas herramientas gratuitas y cómo tus competidores se declaran en bancarrota. Una vez que el terreno está despejado, se introducen los anuncios dirigidos, la vigilancia constante, los contratos con la policía y el ejército, las ventas de datos en cajas negras y las tarifas de suscripción en aumento.

Muchas vidas y sectores han sido diezmados por versiones anteriores de este playbook, desde los conductores de taxis hasta los mercados de alquiler y los periódicos locales. Con la

revolución de la IA, estas pérdidas podrían parecer insignificantes, con profesores, programadores, artistas visuales, periodistas, traductores, músicos, trabajadores de cuidado y muchos otros enfrentando la perspectiva de que sus ingresos sean reemplazados por código defectuoso.

No te preocupes, alucinan los entusiastas de la IA, será maravilloso. ¿A quién le gusta trabajar de todos modos? Se nos dice que la IA generativa no será el fin del empleo, solo del "trabajo aburrido", con los chatbots ayudando a hacer todas las tareas repetitivas y destructivas para el alma, mientras los humanos simplemente los supervisan. Por su parte, Altman ve un futuro en el que el trabajo "pueda ser un concepto más amplio, no algo que tengas que hacer para poder comer, sino algo que haces como expresión creativa y como una forma de encontrar satisfacción y felicidad".

Esa es una visión emocionante de una vida más hermosa y tranquila, una que muchos izquierdistas comparten (incluido el yerno de Karl Marx, Paul Lafargue, quien escribió un manifiesto titulado "El derecho a la pereza"). Pero los izquierdistas también sabemos que si ganar dinero ya no es el imperativo principal de la vida, entonces debe haber otras formas de satisfacer nuestras necesidades de refugio y sustento. Un mundo sin empleos basura significa que el alquiler debe ser gratuito, la atención médica debe ser gratuita y cada persona debe tener derechos económicos inalienables. Y de repente, ya no estamos hablando de IA en absoluto, estamos hablando de socialismo.

Porque no vivimos en el mundo racional y humanista inspirado en Star Trek que Altman parece estar alucinando. Vivimos bajo el capitalismo, y bajo ese sistema, los efectos de inundar el mercado con tecnologías que pueden desempeñar plausiblemente las tareas económicas de innumerables trabajadores no significa que esas personas sean liberadas repentinamente para convertirse en filósofos y artistas. Significa que esas personas se encontrarán mirando al abismo, con los verdaderos artistas entre los primeros en caer.

Ese es el mensaje de la carta abierta de Crabapple, que insta a "artistas, editores, periodistas, editores y líderes sindicales del periodismo a hacer un juramento por los valores humanos en contra del uso de imágenes generadas por IA" y "comprometerse a apoyar el arte editorial creado por personas, no por granjas de servidores". La carta, firmada ahora por cientos de artistas,

periodistas y otros, afirma que el trabajo de todos, excepto de los artistas más elitistas, está "en riesgo de extinción". Y según Hinton, el "padrino de la IA", no hay razón para creer que la amenaza no se propagará. Los chatbots "se llevan el trabajo pesado", pero "podrían llevarse algo más que eso".

Crabapple y sus coautores escriben: "El arte de IA generativo es vampírico, se alimenta de generaciones pasadas de obras de arte mientras chupa la sangre de los artistas vivos". Pero hay formas de resistir: podemos negarnos a utilizar estos productos y organizar demandas para exigir que nuestros empleadores y gobiernos también los rechacen. Una carta de destacados estudiosos de la ética de la IA, incluida Timnit Gebru, quien fue despedida por Google en 2020 por desafiar la discriminación en el lugar de trabajo, describe algunas de las herramientas regulatorias que los gobiernos pueden implementar de inmediato, incluyendo la plena transparencia sobre qué conjuntos de datos se utilizan para entrenar los modelos. Los autores escriben: "No solo debe quedar claro siempre cuando nos encontramos con medios sintéticos, sino que las organizaciones que construyen estos sistemas también deben documentar y revelar los datos de entrenamiento y las arquitecturas de modelo.... Deberíamos estar construyendo máquinas que trabajen para nosotros, en lugar de 'adaptar' la sociedad para que sea legible y escribible por las máquinas".

Aunque las compañías de tecnología nos quieran hacer creer que ya es demasiado tarde para revertir este producto que reemplaza a los humanos en masa y la imitación masiva, existen precedentes legales y regulatorios altamente relevantes que se pueden hacer cumplir. Por ejemplo, la Comisión Federal de Comercio de Estados Unidos (FTC) obligó a Cambridge Analytica, así como a Everalbum, propietario de una aplicación de fotos, a destruir algoritmos completos que se descubrió que se habían entrenado con datos apropiados ilegítimamente y fotos extraídas. En sus primeros días, la administración de Biden hizo muchas afirmaciones audaces sobre regular la tecnología gigante, incluido el control del robo de datos personales para construir algoritmos propietarios. Con las elecciones presidenciales acercándose rápidamente, ahora sería un buen momento para cumplir esas promesas y evitar el próximo conjunto de despidos masivos antes de que ocurran.

Un mundo de deepfakes, bucles de imitación y creciente desigualdad no es una inevitabilidad. Son opciones políticas. Podemos regular la forma actual de los chatbots vampíricos hasta

hacerlos desaparecer y comenzar a construir el mundo en el que las promesas más emocionantes de la IA sean más que alucinaciones del Valle del Silicio.

Porque nosotros entrenamos a las máquinas. Todos nosotros. Pero nunca dimos nuestro consentimiento. Se alimentaron de la ingeniosidad colectiva, la inspiración y las revelaciones de la humanidad (junto con nuestros rasgos más viles). Estos modelos son máquinas de apropiación y cercamiento, devorando y privatizando nuestras vidas individuales, así como nuestras herencias intelectuales y artísticas colectivas. Y su objetivo nunca fue resolver el cambio climático o hacer que nuestros gobiernos sean más responsables o que nuestras vidas diarias sean más relajadas. Siempre fue obtener ganancias a partir de la inmersión masiva, que, bajo el capitalismo, es la consecuencia lógica y evidente de reemplazar las funciones humanas con bots.

¿Es todo esto excesivamente dramático? ¿Una resistencia rígida y reflexiva a la innovación emocionante? ¿Por qué esperar lo peor? Altman nos tranquiliza: "Nadie quiere destruir el mundo". Quizás no. Pero como las crisis del clima y la extinción que empeoran cada día nos muestran, hay muchas personas e instituciones poderosas que parecen estar bien sabiendo que están contribuyendo a destruir la estabilidad de los sistemas de soporte vital del mundo, siempre y cuando puedan seguir obteniendo ganancias récord que creen que los protegerán a ellos y a sus familias de los peores efectos. Altman, como muchos seres del Valle del Silicio, es un preparador: en 2016 presumió: "Tengo armas, oro, yodo de potasio, antibióticos, baterías, agua, máscaras de gas del Ejército de Defensa de Israel y un gran terreno en Big Sur al que puedo volar".

Estoy bastante seguro de que esos hechos dicen mucho más sobre lo que Altman realmente cree acerca del futuro que está ayudando a desencadenar que las alucinaciones floridas que elige compartir en entrevistas de prensa.